

algunas razones de ^a consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decía lo que se dirá en la cuarta parte ^b desta narración; que en este punto dió fin á la tercera ^c el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

^a. ...*algunas razones de su consuelo.*
BR.₃, AMB. = ^b. ...*lo que se dirá en el cuarto libro desta narración.* BR.₃, AMB.,

TON. = ^c. ...*que en este punto dió fin á el tercero el sabio.* BR.₃, AMB. — ...*dió fin al tercero el sabio.* TON.

2. ...*que en lastimados acentos oyeron que decía lo que se dirá en la cuarta parte.* — «Por esto, y por evitar la disonancia que causaría ver en una misma obra repetirse la parte segunda á continuación de la cuarta, ha parecido conveniente omitir la división en cuatro partes de la primera edición, dividiendo toda la obra en dos partes, y cada parte en sus capítulos correspondientes.» (1)

Á esto nos atenemos.

(1) Prólogo á la primera edición del *Quijote*, hecha en 1780, por la Real Academia Española.



CAPÍTULO XXVIII

Que trata ^a de la nueva y agradable aventura que al cura y ^b barbero sucedió en la misma ^c sierra

FELICÍSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha; pues, por haber tenido tan honrosa ^d determinación como fué el querer resucitar ^e y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden 5

^a. Suprimen *Que trata.* BR.₃, AMB. =
^b. ...*que al cura y al barbero.* TON., MAI.
= ^c. ...*la mesma.* C._{1.2}, V._{1.2}, BR._{1.2.3},

MIL., AMB., A._{1.2}, ARG._{1.2}, BENJ. =
^d. ...*tan honrosa determinación.* V._{1.2}.
= ^e. ...*resucitar.* AMB.

El ambiente fresco que se respira en no pocas de las anteriores páginas, llenas todas ellas de lozania, rebosantes de vida y en las que luce la naturalidad, hermosa virtud del arte, nota por extremo simpática al lector moderno, fuera vano empeño pedirlo á las historias de Luscinda, Cardenio y Dorotea. ¿Quién exige perpetua lozania, aunque el artista vuelva á sentir la belleza, en obra de reflejo? Patente está á los ojos de todos la honda huella que en la fantasía del narrador había dejado, á más de la *Cárcel de amor*, novela sentimental de Diego de San Pedro, aquella otra historia, también de sucesos reales y positivos, de un amor burlado, que se llama *La Diana*, de Jorge de Montemayor.

No busquemos aquí, en este capítulo, perfecta analogía entre las inverosímiles escenas pastoriles de su Arcadia poética y la narración cervantina; pero ¿no evocan D. Fernando y Dorotea el recuerdo de D. Félix y Felismena, cuento que Montemayor imitó de Banello?

Si cupiera en el estrecho marco de este breve juicio, nos sería fácil poner frente á frente los pasajes en que la narración de entrambos novelistas corre paralelamente. Aquellas noches en que las músicas no dejaban dormir á

de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables y^a artificiosos y verdaderos que la

a. ...agradables artificiosos. AMB.

nadie; aquellos billetes que, en número infinito, llegaban á manos de Dorotea; ¿no traen á la memoria los torneos, las músicas que de noche jamás cesaban, las cartas y los motes que nunca dejaban de ir de una parte á otra, de D. Félix á Felismena? El vestirse de hábito de hombre la última, ¿no corre parejas con aquel mudarse en traje de zagal la primera? ¿No son parecidos, en la serie de esta narración, los demás sucesos por que una y otra van pasando? No los citemos, porque bien conocidos son de cuantos han hojeado la celebrada producción del novelista portugués.

Línea 4 (pág. 287). *Felicitísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero D. Quijote de la Mancha.* — Venido á nuestro idioma por mediación de los eruditos, el superlativo luce entre nosotros con el mismo esplendor con que brilló en el regazo de su madre la lengua latina. Esto, que todos saben, lo ignoraba, á juzgar por lo que escribió en la pasada centuria mezquino gramático, el incomparable autor del *Ingenioso Hidalgo*. ¡Motejarle porque dijo *felicitísimos y venturosos*! ¡Qué menoscabo en la gloriosa historia de esta nota consagrada al encarecimiento! Perdónese al lector descendamos á tales nimiedades; pero será bien decir que la espontaneidad con que escribió Cervantes este comienzo no se aviene con el pretendido atildamiento de los que, para enmendarle, creyeron dejarnos una frase bien torneada diciendo *felicitísimos fueron los tiempos donde se echó al mundo*, etc.

Felicitísimos tiempos aquellos en que se echó al mundo..., habrían dicho, puestos en el camino de la renovación del texto, un Donoso, un Castelar, á quienes, sin duda, se les alcanzaba algo en punto á los adornos que puede ostentar el rozagante manto de la lengua castellana.

Fuera de esto, en labios del historiador de D. Quijote sienta bien la lamentación del héroe. Siempre el mismo, se le oye decir, allá en el discurso sobre las armas y las letras: «Considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos.»

1. ...esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos. — Alardear de erudición y echar, permítase el vulgarismo, una rociada de títulos y nombres de autores que por aquellos días habían escrito y estaban escribiendo, para regocijo de las musas, mil y mil obras de entretenimiento, es, más que achaque de vanidad, falta de sentido estético.

La ironía de que sólo por virtud de la andante caballería gozamos ahora, en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, es tan profunda y va tan de acuerdo con el sentido demoledor de la obra en lo que toca á la insulsez de las novelas caballerescas, que basta leer las palabras subrayadas para persuadirse de que esa hija del disimulo da á entender con ellas lo contrario que Cervantes escribió.

misma^a historia; la cual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que, así como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos,

a. ...misma historia. C.1.2, V.1.2, MIL., A.2.

3. ...una voz que llegó á sus oídos. — He aquí cómo refuta Urdaneta, en su *Cervantes y la crítica* (1), al más conocido de los comentadores del *Quijote*, tantas veces citado por nosotros: la mayoría de los casos en son de censura, con elogio en cuantas ocasiones se ha juzgado que lo merece:

«Es extraño que un hombre tan conocedor de los libros de caballería, donde la uniformidad y repetición de escenas semejantes forman el carácter principal y llegan hasta el fastidio; es extraño, repito, que un hombre como Clemencin tache de *inverosímil* la repetición de un mismo casual y muy justificado incidente en dos capítulos seguidos, y note de defecto las palabras citadas con que principia el episodio de Dorotea, habiendo principiado el de Cardenio por estas otras: *una voz llegó á los oídos del cura y del barbero*.

Léase, entre otros libros, *La selva de aventuras*, de Jerónimo Contreras, cronista del rey, obra que es dechado de estas cosas caballeriles; y especialmente véase el lib. II, donde á cada paso se oyen voces tristes y *enamoradas* en el bosque, etc.

Esta es demasiada temeridad; mas, concediendo algo, pudiera aquello tacharse de *falta de memoria*, de *gusto* ó de lo que se quiera, menos de *inverosímilitud*. Sería enojoso traer ejemplos del discurso de Dorotea, y entrar en la defensa de él contra la censura del crítico, que flaquea desde el principio. No tendría más que abrir dos ó tres libros para encontrar situaciones semejantes; entre otras, la del príncipe Anaxarte y la princesa de Niquea, citada anteriormente, con motivo de esta importante cuestión de estilo en los discursos, que he tocado y volveré á tocar otras veces, pues á ello dan lugar los censores. Y la censura dicha es tan fastidiosa como la de que Dorotea no podía ser *blanca* siendo *rubia*, ó la de que se olvidó á Cardenio mencionar la carta que dejó escrita á Luscinda, etc.

El censor, que modifica su juicio cuando Dorotea habla á D. Quijote, y dice: «Dorotea, queriendo hacer de princesa, usaba con mucha oportunidad de los arcaísmos que había leído en los libros de caballería»; ¿por qué no observó que también usaba en su anterior discurso los *periodos redondos* y *relamidos*, las *agudezas ingeniosas*, y demás reparos que nota, lo que era el uso común y el carácter de la literatura del tiempo? ¿por qué no tuvo presente lo que más adelante iba á decir sobre este uso continuo? Mas, para honor de Clemencin, y para confusión de sus faltas (proceder cristiano), agregaré las siguientes líneas del comentario al cap. 43 del *Quijote*: «Cervantes varió y marcó con *gran maestría* los caracteres de las personas, *asignándoles el lenguaje que á cada una convenía, según la diferente naturaleza del afecto que la agitaba*.»

Viene esto á borrar lo anterior y siguientes fallos:

«El estilo de Dorotea cuando suplica á D. Fernando la vuelva á su felicidad pasada, es *demasiado humilde*; el del rústico pastor Pedro es *muy humilde*, *demasiado afectado* el del pastor Eugenio (téngase en cuenta que éste era cortesano, etc.). Respecto á este último, es distinta la opinión de Capmany, que lo cita como modelo de lenguaje.»

(1) Pág. 383, 384 y 385.

que con tristes acentos decía desta manera: «— ¡Ay, Dios! ¿Si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay, desdichada! Y ¡cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi^a intención, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas ni remedio en los males!»

Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban; y, por parecerles, como ello era, que allí junto las decían, se levantaron á buscar el^b dueño, y no hubieron andado veinte

a. ...á su intención. L.₃. = b. ...á buscar al dueño. MAI.

1. «— ¡Ay, Dios! ¿Si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura. — No porque constituya una novedad, mas si por lo juiciosa y para huir del mal ejemplo de los que diriase tienen prejuicios contra los que anduvieron por el camino que ellos siguen, citaremos estas palabras de Clemencin:

«Todo cuanto se ha dicho y escrito contra los soliloquios, se puede y debe repetir contra éste de Dorotea. ¿Qué cosa más impropia que discursos estudiados, períodos redondeados y lamidos, agudezas ingeniosas y figuras retóricas en personas agitadas de pasiones vehementes, y á quienes nadie escucha? Frases cortadas, interjecciones y suspiros, es todo cuanto la verdad y la imitación permiten en situación semejante. Fuera de que de ningún modo era necesario el discurso de Dorotea para sostener el contexto de su historia, su presencia sola en aquel desierto, y lo que de ella vieron el cura, el barbero y Cardenio, bastaban para excitar la curiosidad de éstos, y dar motivos á la relación que después hace Dorotea de sus sucesos.»

13. ...se levantaron á buscar el dueño. — Rica en significaciones, la palabra *dueño* ha ido perdiéndolas una á una, y sólo le queda hoy, casi puede decirse así, la primera acepción que tuvo en el *Diccionario*. Hasta en las cartas se ha perdido aquel sabroso comenzar, substituído por el manoseado, cuando no hipócrita, *Mi distinguido amigo, Muy señor mío y de mi más distinguida consideración*. ¿Cuántos son los que siguen las huellas de nuestros clásicos en el comienzo de una carta, aun citándonos únicamente á la palabra *dueño*?

«Mi *dueño* y amigo: Tengo ya caudal...» (P. ISLA. *Cartas familiares*, CVI.)

«Mi venerado *dueño* y amigo: Restituído ya á mi aposento...» (P. ISLA. *Cartas familiares*, CXII.)

«Amigo y *dueño*: Como es cierto que ningún enfermo...» (QUEVEDO. *Epistolario*, carta CXI.)

«Mi muy estimado *dueño* y amigo: Desde que recibí la de usted me pareció...» (JOVELLANOS. *Correspondencia con D. C. M. Trigueros*.)

«Amigo y *dueño* mío: Aprovecho los presentes días...» (JOVELLANOS. *Cartas*, IV.)

pasos cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á^a un mozo vestido como labrador, al^b cual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entonces. Y ellos llegaron con tanto silencio^c que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones ni á

a. ...fresno un mozo vestido. BR._{1,2}. = Bow. = c. ...con tanto que dél no fueron sentidos. L.₃.
b. ...como labrador, el cual. V._{1,2}. MIL.,

En el pasaje que motiva esta nota, *dueño* se aplica á una mujer. «Cosa rara», dirán los poco versados en el idioma: «caso frecuente», hemos de contestarles.

«Yo te adoro, tú eres sola,
Dueño mío: siempre fiel
Pagaré tan gran fineza.»
(CALDERÓN. *El castillo de Lindabrilis*, jorn. III, esc. IX.)

«¿Yo á prenderte, esposa y dueño?
¿De qué pudo tu dictamen
Persuadirte á que es prisión?»
(CALDERÓN. *Las armas de la hermosura*, jorn. III, esc. XIV.)

«Pero, Isabel, dueño mío,
¡Qué extraño dolor te aqueja!»
(L. MORATÍN. *El Barón*, acto I, esc. XIII.)

Vayan otras citas para sonrojo de los que presumen conocer la lengua:

«Sin cuidado de que yerren
Ó no yerren la elección,
Denme el dueño que me dieren.»
(BANCÉS CANDAMO. *El esclavo en grillos de oro*, jorn. III.)

«Y, así, mi esposo, mi dueño,
Mi bien, mi señor, mi alma,
Y, si no digo mi vida,
Es porque no digo nada.»
(CALDERÓN. *Celos aun del aire matan*, jorn. III, esc. XVIII.)

«Adiós, adiós, rey mío,
Mi señor y mi dueño.
No haga en ti nuevo empeño
El triste llanto mío.»
(CALDERÓN. *La cisma de Inglaterra*, jorn. II, esc. X.)

«Y sabrán, muriendo en ellos,
Que os estimo y reconozco
Por mi dueño, por mi bien,
Por mi rey y por mi esposo.»
(CALDERÓN. *La cisma de Inglaterra*, jorn. II, esc. XV.)

andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño; y, así, viendo que no habían sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había^a. Así lo hicieron 5 todos, mirando con atención lo que el mozo hacía, el cual traía puesto un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca; traía ansimesmo^b unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda; tenía las polainas levantadas^c hasta la mitad de la pierna, que, sin duda alguna, de

a. ...allí había y así lo hicieron. C.₁, L._{1,2,3}, TON., MAL., FK. = *b.* ...traía ansimesmo. C.₃, A.₂, BOW., PELL., CL.,

RIV., GASP. — ...traía asimismo. ARR., ARG._{1,2}, MAL., BENJ., FK. = *c.* ...las polainas hasta la mitad. C.₃, BOW.

3. ...hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí había. — Entre las voces que podríamos llamar extrañas, está la de *agazaparse*. Más propia del estilo familiar que del elevado y noble, no abundan en nuestros clásicos copiosos ejemplos; pero, en prueba de que no faltan en absoluto, citaremos algunos:

«Un caballero es, que, penetrando
Lo espeso, no sé qué viene buscando.
¿Si será á mí? Pensarlo me acobarda:
Agazápome más.

(*El postrer duelo de España*, jorn. II, esc. II.)

«Muchachos, agazaparse,
No chistar, y cepos quedos
Hasta saber la intención
De aquellos seis caballeros.»

(RAMÓN DE LA CRUZ. *La vispera de San Pedro*. — Madrid, 1843.)

«Voy á hablarle. Idos los dos,
Dice usted bien. (Yo me quedo
Agazapada.)»

(G. DEL CASTILLO. *Los nobles ignorados*. — Cádiz, 1845.)

«¡Caramba! ¿Es cosa de chanza?
¡Yo agazaparme! Primero...
Digo, á la vejez viruelas.»

(L. MORATÍN. *El viejo y la niña*, acto II, esc. I.)

5. ...traía puesto un capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca. — Para llegar, no á la perfección (que esto ha de tenerse por imposible), sino hasta el límite más cercano á la verdad, toca al editor moderno del *Quijote* dar cuenta de cuantos reparos se han puesto á la lección comúnmente recibida:

«La toalla no era parte del traje de labrador: ¿para qué la traería Dorotea y muy ceñida al cuerpo? Por abrigo no podía ser: corría el mes de Agosto; ciñéndosela mucho al cuerpo, se conocería la cintura de doncella, la cual Dorotea había de querer ocultar. Pero se estaba lavando los pies: ¿se habría

blanco alabastro parecía. Acabóse de lavar los hermosos^a pies, y, luego, con un paño de tocar que sacó debajo de la montera, se los limpió; y, al querer quitársela, alzó el rostro, y tuvieron lugar, los que mirándole^b estaban, de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al cura con voz baja: «— Esta, ya que no 5 es Luscinda, no es persona humana, sino divina.»

El mozo se quitó la montera, y, sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el

a. Acabóse de lavar los pies. L.₃. =
b. ...y tuvieron lugar los que con él esta-

ban. L.₃. = *c.* ...á una y otra parte.
BR.₃, AMB., GASP.

ceñido la toalla al cuerpo para enjugárselos luego con ella? No, pues para eso se quitó un paño de tocar, ó pañuelo, que traía debajo de la montera: la toalla quedó sin oficio. *Toalla*, ¿sería error de copia, en lugar de *tórdiga* ó *correa*? *Un capotillo... no muy ceñido al cuerpo, con una correa blanca ó blanda*, sería propio de la persona y de la situación.» (HARTZENBUSCH. *Las 1,633 notas á la primera edición del «Ingenioso Hidalgo»*.)

Como otras veces, también aquí se perdió y extravió el sutil comentador. La previsión de Dorotea al llevar un paño en la montera no se opone á que ciñese la cintura con una toalla: el paño sirvió para secarse los pies, é indudablemente se habría secado la cara con la toalla, pues se la iba á lavar si el cura y sus acompañantes no la hubiesen sorprendido. De no haber llegado éstos tan á tiempo, se habría visto para qué llevaba entrambas piezas, y con ello nos habrían ahorrado este comentario.

2. ...y, luego, con un paño de tocar que sacó debajo de la montera, se los limpió; y, al querer quitársela, alzó el rostro. — El pronombre afijo al verbo *quitar* debe ser *la* y no *le*, como se dice en todas las ediciones, pues se refiere á un nombre femenino: *montera*.

Al querer *quitársela*, sin duda para *lavarse* y componer el cabello, *alzó el rostro*. Á esto no cabe hacer reparo, pero sí al *quitársela*, que rechazamos por impropio y nada natural, pues no se había ligado los pies con el sobredicho paño; y, aun admitiendo que después de lavados los hubiese envuelto en él para que se acabaran de secar, todavía cabe decir que la acción de *quitársela*, pase la impropiedad, no se compadece con ese *alzar el rostro*: lo natural era bajarlo.

8. ...se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos. — Al inmenso caudal de voces de que gozó la lengua en los siglos de oro pertenecen las dos siguientes: *descoger* y *desparcir*, palabras muy gráficas y pintorescas, digámoslo en griego y en castellano, pues lo consiente la opulencia del idioma, como consintió á Cervantes emplear los sobredichos verbos, causa de nuestra nota, vocablos ciertamente sinónimos, que, por lo significativo, por lo poético y sonoro, no han de entrar en la asendereada censura del maldiciente Avellaneda. Son dicciones muy españolas y que todo el mundo las entiende al topar con ellas en el *Quijote*, aunque en el *Diccionario* anden marcadas con el hierro, para muchos infamante, de arcaicas. ¿Por qué no han de volver á los halagos

que parecía labrador era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio si no hubieran mirado y conocido á Luscinda; que después afirmó que sola^a la belleza de Luscinda podía contender con
 5 aquélla. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que, si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran. En esto^b les sirvió^c de peine unas manos que, si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los
 10 cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual en más admiración y en más deseo^d de saber quién era ponía á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse; y, al movimiento^e que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza y, apartándose los cabellos de delante de los ojos con en-
 15 trambas manos, miró los que el ruido hacían; y, apenas los hubo

a. ...que solo la belleza. L.₃. = b. En estos. L._{1,2}. = c. ...les sirvieron de peine. BR._{1,2}, TON., MAI. = d. ...y en más de-

seos de saber. ARG._{1,2}, BENJ. = e. ...y al ruido que hicieron de mover los pies la hermosa moza. ARG.₂.

de la vida, al menos en el estilo poético? ¿Acaso no tienen para el lector de una novela más encanto que los vulgares *extender* ó *soltar* lo que está recogido, lo que está junto?

Antes que caiga el manto de la noche, es imagen poética que todavía usa el pueblo; pero aun es más poético este otro decir:

«...los religiosos parecen muy bien en el monasterio antes que la noche descoja su manto de obscuridad y tinieblas.» (J. DE ALCALÁ. *El domado hablador*, cap. 5.)

«Bañada en el relente de la aurora,

Descoge con orgullo

Su tierno y odorífico capullo...»

(HARTZENBUSCH. *Fábulas*: «La rosa y la zarza».)

Castizo, pero menos elegante, nos parece el ejemplo que sigue:

«...y de las beatas espirituales, que si no *cogen* el manto cuando vienen de fuera, es por no tardar en *descogerle* cuando vuelven á salir, ¿qué te parece?» (FR. JUAN DE LOS ÁNGELES. *Conquista del Reino de Dios*, diálogo 8.)

8. ...les sirvió de peine unas manos. — La variante *les sirvieron*, propuesta por el editor de Bruselas y adoptada por Tonson y Máinez, tiene su origen en la diferencia gramatical de si el sujeto de la oración es el vocablo *manos* ó si, como presumen otros, lo es la voz *peine*.

12. ...y, al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza. — *Real moza* se llama, en lenguaje ordinario, á la de gallarda presencia; y, como la escena es enteramente campestre, entendemos que el vocablo *moza* no desdice de la situación aquí pintada, sea cual fuere el juicio de los que corren en pos de frases más peinadas y de aire académico.

visto, cuando se levantó en pie, y, sin aguardar á calzarse ni á recoger los^a cabellos, asió con mucha presteza un bulto, como de ropa, que junto á sí tenía, y quiso ponerse en huida, llena de turbación y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, cuando, no pudiendo
 5 sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo; lo cual visto por los tres, salieron^b á ella, y el cura fué el primero que le^c dijo: «— Deteneos, señora, quienquiera que seáis; que los que^d aquí veis sólo tienen intención de servirlos. No hay para qué os pongáis en tan impertinente huida, porque ni vuestros
 10 pies lo podrán sufrir ni nosotros consentir.» Á todo esto ella no respondía^e palabra, atónita y confusa.

Llegaron, pues, á ella, y, asiéndola por la mano el cura, prosiguió diciendo: «— Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren: señales claras que no deben de ser de poco
 15 momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es ésta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo; pues ningún mal puede fatigar tanto,

a. ...sus cabellos. L.₃. = b. ...visto por los tres, se fueron á ella. ARG.₂. = c. ...primero que la dijo. AMB. — ...pri-

mero que dijo. TON. = d. ...que los aquí veis. V._{1,2}, MIL. = e. ...respondió palabra. BR.₃, AMB., TON.

Con todo, pongamos las cosas en su punto: *moza*, como se ha dicho, pertenece más bien al lenguaje familiar; y, si siempre no se designa con ella á la mujer de humilde condición, pocas veces significa una señora:

«Diviértase usted mucho; no engorde más, no encanezca, no encalvezca, no se arrugue, no se avieje, manténgase siempre *mocita*, y fresca, y vivaracha, y no se aburra por nada de este mundo.» (L. MORATÍN. *Obras póstumas*, t. II, pág. 466.)

«Diez reales de sueldo tiene

Don Pancracio el contador,

Y *moza* y coche mantiene.»

(BRETÓN DE LOS HERREROS. *Poesías*, 1883, t. V, pág. 163.)

13. «— Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren. — Los que sólo, en la pintura de D. Quijote y Sancho, hallan el idealismo y el realismo, respectivamente, olvidan que no siempre aparecen antitéticos en la ingeniosa fábula esos dos polos del arte, antes bien juzgamos nosotros que lo real y lo ideal, de tal modo andan esparcidos en la obra, que no es difícil entresacar ejemplos, sin acudir al amo y al escudero, en otros personajes que allí figuran.

La finura, esa hija predilecta del ingenio, resplandece en la forma semi-eludada con que se da cuenta de que no eran sólo los cabellos los que denunciaban el sexo de Dorotea, pero sí lo que más se ofrecía á la vista del contemplador.